

Hubo una época en que las procesiones estuvieron tambaleándose durante unos años hasta acabar por desaparecer. Cada vez que se acercaba el

Miércoles de Ceniza, fecha tradicional del cabildo decisor, comenzaban las escaramuzas (principalmente políticas) que debatían en primer lugar el derecho

a salir a la calle, con los ataques violentos de los oponentes y las amenazas de impedir su salida por las malas, si no se decidía su supresión por las buenas.

Unas crispadas procesiones

JUAN SOLER CANTO

ESTAS amenazas eran de dos tipos: unas, las oficiales, que apoyaban la denegación del permiso de salida en el laicismo legal y la aconfesionalidad del Estado; otras, las de grupos incontrolados, que prometían alborotos y desórdenes para que fuese imposible el tránsito sereno por las calles de la población. De hecho, ya se había conseguido que la solemne procesión del Corpus se limitase a recorrer el interior de las naves de Santa María y la de Las Palmas salía por una puerta y entraba por la otra con un recorrido sobre la acera de cincuenta metros.

Pero las procesiones de Semana Santa eran otra cosa. En lo más profundo de sus entrañas las autoridades eran procesionistas, los alborotadores eran también procesionistas; y todos ellos estaban adscritos a los dos únicos bandos posibles en Cartagena: Unos eran marrajos y otros eran californios. Independientemente de ello, había que mantener el tipo y había que cumplir con el partido, con los electores y con los camaradas foráneos... Y así había que cuestionar aquella promesa de la Onza de Oro, había que prohibir a los soldados que vistiesen de capirote, había que increpar a esos carcas que salían a cara descubierta en la «llamada» del Miércoles de Ceniza y bajo el «disfraz» de nazareno delante de los tronos. Pero, por otro lado, se justificaba el permiso invocando el concepto de espectáculo, festejos locales, admiración del forastero y prestigio de la ciudad. Aún no reinaba el «turismo».

Así, se reunían una y otra vez los cabildos y unas veces se acobardaban y se rajaban, aconsejando prudencia y otras se entusiasmaban y acordaban echar las procesiones a la calle, entre bravatas y vivas.

En 1934 la cosa se puso ya insostenible y ante el abandono de los soldados a vestir la percalina, hubo necesidad de convocar voluntarios para empuñar los hachotes, con lo que mejoró el vestuario, puesto que las túnicas ya se confeccionaron en terciopelo, raso y lamé. A la convocatoria acudieron cientos de entusiastas muchachos que no pertenecían a las cofradías, pero que no podían permitir que las hermosas procesiones de su Cartagena se muriesen por falta de cofrades para completar el tercio.

Y así entaron en la reata, aferrados al hachota y con la vista al frente, pues por primera vez se dio la orden de no girar la nuca para que no se desplazase la punta del capirote.



Brillantez y orden.

DAMIAN



Granaderos californios, en acción.

DAMIAN

te. Y al más alto pusieron allá atrás, para aguantar el tirón del cable, sobre todo en las curvas, en las que intentarían arrastrarlo los catorce de adelante.

En otros años el temor estaría centrado en la lluvia, pero a

la sazón lo que se temía eran las provocaciones extremistas que tanto se habían anunciado en las amenazas y en las advertencias a lo largo de la cuaresma. Y por ello todos los procesionistas estaban en ten-

sión anímica, expectante y esperando el incidente provocador. Los jóvenes novatos que vestían el capuz habían recibido instrucciones para conservar la serenidad, no respondiendo en ningún momento a ningún in-



Juan Soler Cantó. LA VERDAD

sulto. Esta tensa hiperestesia se había extendido también a los espectadores, hasta el extremo de que los hermanos mayores de ambas cofradías dieron una nota a la prensa en la que rogaban a los fotógrafos que no usasen el flash de magnesio para no provocar alarmas. Pero en el ánimo general estaba la voluntad de que la procesión se desarrollase con normalidad y de que triunfase una vez más el esfuerzo preparador de todo un año, con la luz, el color, el arte y el fervor.

Paradójicamente, nadie intentó nada contra la procesión y los únicos incidentes fueron fortuitos. La procesión avanzaba serena y rítmica por la calle de Santa Florentina, cuando un estruendo, ya cerca del Parque, hizo callar a la banda de música y los gritos y carreras se propagaron a lo largo de las filas de espectadores. Cuando vinieron a darse cuenta en la Puerta de Murcia ya había vuelto la serenidad a la cabeza: se trataba de un gato que se enfureció al no poder salir de la carrera y que provocó la caída y estruendo de algún trombón contra el suelo. Ya avanzaba la calle de la Caridad, los gritos y saltos de unas espectadoras acusaban de que estaban apedreando la procesión, y en realidad sólo fueron unas tejas desprendidas del alero de un terrado. Al principio de la calle del Cañón unos gritos histéricos provocaron una estampida y los «judíos» dejaron caer sus escudos y lanzas y en veloz carrera llegaron hasta el Club de Regatas; no era para menos porque sonó un tiro y cayó un hombre herido. Luego se acalró que alguien que llevaba una pistola en el bolsillo interior de la chaqueta, echó mano de ella y se le disparó autolesionándose. Pero enseguida se rehizo la procesión y continuó su marcha entre vivas y aplausos.

Era muy grande la voluntad de los procesionistas. Pero a pesar de su tenaz esfuerzo, estaban las procesiones acercándose a su ocaso. Su muerte fue en el año 1936, pero de ella renacerían, como el Ave Fénix, cinco años más tarde.